

Congresos de Educación popular

Aunque los resultados positivos del primer congreso de sociedades populares de educación no hubiesen sido tan satisfactorios como lo son en realidad, todos sus miembros, y en particular los que han trabajado más directamente en su celebración, funcionamiento y votos, pueden hallarse complacidos de haber realizado una buena y patriótica obra. Ella es digna del aplauso de la República, no sólo por haber demostrado en un breve plazo, con un alto espíritu de disciplina, cultura y operosidad, todo el caudal acumulado hasta ahora en fuerzas sociales dedicadas á impulsar el progreso moral del país, sino también la capacidad colectiva del cuerpo docente de las escuelas argentinas para asumir las formas de la más elevada civilización contemporánea, é incorporarse á la labor universal en el mismo sentido, tan viva, tan copiosa, tan fecunda en sociedades distintas de la nuestra.

El año 1908 puede llamarse en el mundo europeo, el año de oro de los congresos intelectuales, porque en las más importantes ciudades de Europa y América del Norte, como en una especie de Cortes y Parlamentos mundiales, se ha deliberado sobre los más hondos, vastos y palpitantes problemas de la vida, relacionados con el progreso moral de la humanidad, desde las cuestiones para nosotros todavía exóticas, y acaso fantásticas, de la arqueología egipcia ó las lenguas orientales, hasta las que afectan á la actual condición de las clases trabajadoras; desde las más generales aspiraciones de los Estados en orden á la justicia internacional, á la paz de los pueblos, á los progresos del espíritu público, hasta los más específicos y técnicos postulados y principios de las ciencias concretas y de las ciencias morales; siendo de notar como una de las más avanzadas conquistas de la época, la obra del congreso de enseñanza moral y cívica, de Londres, de julio del año anterior, cuyas conclusiones, difundidas después por la autoridad de los primeros escritores contemporáneos, entran desde ahora á ser patrimonio del mundo civilizado. Y si á este se agrega la última reunión angloamericana de 1909, de la Asociación Británica, en Winipeg, podemos afirmar que los dos últimos años han sido para las ciencias y para la política de la educación moderna, de una fecundidad admirable.

Vienen á probar estos congresos — tildados de teóricos ó innocuos, porque carecen del poder aparente de ejecutar sus resoluciones, ó de fuerza coercitiva sobre los Gobiernos y las sociedades — que tal afirmación no es más que la tradicional disculpa de la Santa Rutina ó de la Divina Incuria, para no remover lo existente y no dar un paso adelante, bajo el pretexto del temor á las innovaciones, ó por el miedo, menos confesable, de perder las cómodas blandicies, cuando no sensuales dominios, abroquelados é inexpunables, tras de una férrea razón de Estado. Olvidan ó desconocen los que piensen de aquella suerte, que los congresos de orden intelectual ó moral llevan en sí un poder mucho más fuerte que el de las armas, el poder de la opinión científica, que informa y conduce á la opinión social y gubernativa, que penetra por la palabra y la sugestión paternal de millares de maestros, en las conciencias juveniles: y en menos espacio que se organiza, disciplina y arma un ejército para una conquista brutal de la fuerza, se forja, inspira é impulsa aquel ejército mil veces más poderoso, de las masas cultas y avisadas sobre sus derechos y destinos esenciales, que remueven de raíz los más vetustos prejuicios, avientan por el mundo la semilla de todas las revoluciones, y como las viejas tierras romovidas por el arado, transforman con renovadas energías la fisonomía, la substancia y la dirección de los acontecimientos humanos.

Es que la sensualidad que brota de los hechos consumados, como el moho en los castillos desiertos, tiende á convertir en dogmas de inacción ó de quietud, ó en fórmulas de fulminados anatemas, las verdades peligrosas para su estabilidad é ininterrumpido goce; y no es extraño que se llegue á censurar la frecuencia de estas asambleas libres del pensamiento y la doctrina, que tienen el pecado de remover, revolucionar y echar al vuelo el enclaustrado enjambre de las libertades prisioneras. Ellas son fuentes de saludables inspiraciones, iniciativas y ambiciones de hacer, para los mismos gobernantes, por definición inclinados á mantener y á inmovilizar; son ocasión de revelaciones felices de potencias ocultas ó inertes, por el debate la comparación ó la recíproca ayuda; son la expresión de una estadística ignorada en la ponderación de las cosas existentes, como bases ó factores de las cosas futuras; son más que todo esto, focos en los cuales se concentran en un instante voluntades, afectos, conocimientos, para formar cada día en espacio más amplio, esa unión y armonía definitivas tan ansiadas, tan nesarias, tan indispensables, para obtener algo positivo en toda lucha, en toda empresa, en todo ideal comunes.

Porque si es cierto que la República cuenta con un crecido número de educadores estudiosos, expertos abnegados y pensadores. capaces de empuñar el gobierno escolar más difícil en una región, en la nación misma, no podría negárseme que ellos trabajan aislados, solitarios, divergentes y antagónicos; y su labor, que por una parte podría ser rica por la diversidad, se vuelve estéril por la falta de un núcleo central donde se combinen, se ponderen y apliquen en la gran labor colectiva de la cultura nacional. Creo yo también que la mayor riqueza específica procede de la diferenciación in-

dividualista; pero esa diversidad debe fundirse en una acción concurrente, en una superior armonía de conjunto, como las voces y sonidos múltiples de una selva van á formar en el espacio un magnífico y gigantesco acorde. Los congresos, las conferencias, las asambleas periódicas de este género tienen esa virtud suprema, que el vulgo no alcanza á apreciar: ponen en contacto y comunicación las ideas más diversas, las tendencias más opuestas; y aun chocarse entre sí, se produce entre ellos, como en ciertos agentes de la naturaleza, una eliminación de factores comunes é inconciliables, y el resultado es la creación de una poderosa fuerza, capaz de mover todo un vasto mecanismo.

Considero tanto más benéfico el sistema de los congresos de este género de la República Argentina, cuanto más convencido estoy de que todas las deficiencias, las desventajas, las desigualdades é ineficacias prácticas que aconsejan al magisterio nacional provienen de su falta de unidad en el fin y en la acción, en cuanto se refiere á su situación colectiva. La máxima tan célebre y tan artera de «dividir para reinar», parece haber sido utilizada por algún oculto espíritu, de nuestra política educativa, para evitar que los más meritorios obreros de la vida, los obreros de la cultura moral, sin la cual no es concebible ninguna otra efectiva y duradera, obtengan en la balanza económica, en la distribución de los beneficios que constituyen su estado social permanente y orgánico, toda la parte á que tienen derecho. No hay razón alguna para que ellos, los que mayor y más elevada porción de sí mismos aportan á la obra de la felicidad colectiva, y á la formación y acrecentamiento de la gran fuerza y riqueza de un pueblo—las que reposan en su capacidad para la acción y para el progreso en todos los campos de la vida,—sean los únicos que en la actualidad de la ordenación social del mundo, se priven del inmenso poder de la asociación en la idea y en el procedimiento, para luchar, primero, por la organización más racional y equitativa de la respetable institución del magisterio, y segundo, por la aceptación y cumplimiento de todas las resoluciones, iniciativas, progresos y ahelos patrióticos surgidos de su seno, y como de su origen más legítimo.

Pero es, hoy por hoy, mucho más fuerte el dominio del mal espíritu de desunión y de discordia, que el de asociación y cooperación, en el seno del profesorado argentino de toda jerarquía, desde el maestro elemental hasta el catedrático universitario. En primer término, trabajan para desquiciarlos las vacuas y sutiles diferencias sectarias, bebidas en una errónea escuela inicial, fundada como todas las sectas de todas las religiones, filosofías y épocas, más en sutiles sugerencias del amor propio, que en positivas cuestiones de principios ó procedimientos útiles; en segundo término, concurren á impedir la unión real y sólida del magisterio, las perniciosas como fáciles tentaciones de la política, que abren á unos, de pronto, la fácil y florida senda de los honores y de las vanidades, tras el favor deleznable de algún caudillo á la moda, y á los otros, acaso, los más positivos triunfos de la fortuna y el bienestar por la adquisición de posiciones bien

rentadas, en cuyo dintel no pocos dejarán sus sueños, ideales é impulsos del sacerdocio magistral; y por último, entra como factor irresistible en la labor destructora de toda cohesión y fraternidad, para la gran misión común del magisterio — basada toda entera en el entusiasmo — sostenido y calentado por el supremo ideal de la ciencia y de la patria — el desaliento, el hastío, la sorda protesta, que nacen en las almas cavadas por las continuas injusticias, los abandonos interminables, las desigualdades y preferencias tan chocantes como desmoralizadoras, que destruyen la fe en el trabajo y en toda tentativa aislada ó asociada en ningún sentido, y que solo los grandes temples, forjados para la lucha y el sacrificio, pueden resistir sin desfallecimiento ni renuncia.

Y bien, pues, la obra más benéfica de estos congresos ó asambleas periódicas de los institutores será la de acercarlos á la constitución de la vasta unidad social de conservación y de progreso. Por este medio sólo serán posibles las conquistas que otros pueblos han realizado en el sentido de los ideales que los agitan. De ese modo podrán imponerse á la opinión y al respeto de las demás clases dominantes de la vida nacional, porque los vean organizados en una fuerza suficiente para cumplir su destino por sí mismos, pensando en su propio gobierno, y no calificados sólo como simples asalariados y postulantes, como si no se diesen cuenta de su posición invulnerable de órganos esenciales al funcionamiento de la constitución misma, que se apoya en la escuela y caracteriza su régimen por la ilustración de la conciencia popular, sin la cual no hay sistema representativo, ni por consiguiente republicano. Sólo por la unión de los maestros en un propósito irrevocable de acción conjunta, comenzado por hacerse comprende de los gobiernos, convirtiéndose en cierto modo en fuerza de gobierno ellos mismos, concluirán por cambiar el concepto social, y atraer en su favor la fe de las otras clases, en su acción educadora y en su valor político colectivo.

Puede presentar el congreso de 1909 un cuadro de cierto punto de vista halagüeño para el patriotismo, en las sesenta y tantas asociaciones populares, que en la capital, provincias y territorios cooperan en favor de la escuela pública, ó de la situación de los maestros; pero dado mi particular modo de ver estas cosas, creo que el mejor de los resultados es el que nos ha permitido conocer, no tanto lo que se hace en ese doble sentido, cuanto lo que no se hace; no sólo el concurso abnegado, dignísimo, y mil veces benemérito de las modestas agrupaciones que bajo distintos nombres y advocaciones se ocupan de la tarea auxiliar del educador público, sino la ausencia absoluta del concurso de los grandes afortunados, en favor de las instituciones de enseñanza de la República, de aquellos que la Constitución y la ley elaboran la cultura general, libre, impersonal, desinteresada, inconfesional, en una palabra: «la escuela de la patria», que sólo tiene en cuenta la formación de la fuerza democrática «y republicana que ha de dar vida á la nación misma, y sólo mira al bienestar y libertad de todos los hombres que habitan su territorio.

Este, ó sea, el vastísimo legado patrimonial de nuestros mayores, distribuido en virtud de leyes tradicionales y vínculos jurídicos, anteriores á la formación de una voluntad nacional auto-conciente, explotado por ellos ó sus descendientes, sucesores, ó beneficiarios pasivos de un progreso fatal é inevitable, arrancan de la tierra nacional, que es asiento común de todos los argentinos y sus asociados, extranjeros que tanto contribuyen á su valor y productividad, los enormes rendimientos que se acumulan y engrosan sus patrimonios inactivos; pero al aplicar la ley inmanente y natural de la redistribución de tanto beneficio, toda idea de equidad y de proporcionalidad desaparece en ellos, para acudir sólo á aumentar ó reformar al poder de una sola clase sedentaria, contemplativa é inerte que ninguna partícula agrega al haber social. Los grandes capitalistas del país, y en particular los argentinos, al privar á las escuelas, y en general, á la educación de la masa democrática, de los excedentes ó saldos de sus acumulaciones sucesivas ó geométricas, cometen una falta contra la patria misma, que los erige y mantiene en condición privilegiada, sin obtener de ellos la debida compensación proporcional al servicio que reciben.

Valioso es el aporte que traen á la labor educativa de las numerosas sociedades populares de la República, representadas ó no en este congreso; y tanta más cuanto que ellas están formadas, en lo general, por miembros de las clases medias, lejos de aquellos en que se amasan las mayores fortunas; y así, no es extraño que en el cuadro general del valor financiero de ese esfuerzo social, sea el elemento pecuniario casi insignificante, en comparación con el monto colosal de aquellos capitales y con las sumas de que ellos se apartan, en contribuciones estériles para la cultura pública; sólo queda lo más grande y noble que esas agrupaciones pueden dar: su entusiasmo, su consagración desinteresada á la causa de la educación popular, las cuales no pueden cambiar, sin duda, los latidos del corazón en surtidores de oro, pero podrán difundir sus inspiraciones hasta llegar, un día, acaso, á ablandar las rocas, y hacer surgir de ellas, en manantial espontáneo, la generosa munificencia, la reparadora equidad, la justa retribución. La injusticia social que importa en contra de la escuela este retraimiento de los ricos, se traduce en una situación más grave, todavía en los dominios del Estado, convertido en único dispensador de toda ayuda, en sostenimiento de la enseñanza y decir el Estado, entre nosotros, significa el predominio de los círculos políticos, condenaciones accidentales de influencias transitorias, las más de las veces, de agentes subordinados ó secundarios, sin oriente, ni ideal social ó político alguno y así, la suerte de las escuelas, colegios, universidades é instituciones todas de cultura, y la situación personal colectiva de los que enseñan quedarán á merced de las voluntades, protecciones, hostilidades, simpatías, acuerdos, conveniencias ó retribuciones entre el que da y el que obtiene, y lo que debe ser una razón de gobierno, justa y racional, se convertirá en un imperativo personal tan variable é injusto como el capricho, el interés ó la pasión que lo inspiren.

Entretanto, al recorrer con atención el plan de trabajo propuesto, y la serie de proposiciones sancionadas en su cumplimiento, se siente la íntima satisfacción de verificar una vez más cuánto ha progresado la cultura intelectual del profesorado y magisterio argentinos; á qué alto nivel han sido conducidas por sus maestros, directores ó rectores, nuestras instituciones escolares, en cuanto á ideas, doctrinas, iniciativas ó procedimientos, dentro ó fuera del régimen pedagógico; y en cuanto á los medios para mejorar las condiciones generales de la enseñanza como problema político, didáctico y social, con singular acierto el congreso ha concentrado su atención preferente en la instrucción primaria, la más valiosa, la más social en el estricto sentido de la palabra, la más republicana y puede asegurarse que á su respecto no se ha olvidado ninguno de los problemas esenciales relativos á su vida interna, á su medio ambiente, á sus complementos necesarios bajo la faz higiénica y moral, y á auxiliares inseparables, la biblioteca, el taller, la lectura pública, el museo, la extensión, la labor complementaria, el auxilio físico, la asistencia moral; y es grato, al menos pensar que si el espíritu público nacional se hallase más formado y dispuesto en el sentido de la cooperación hacia la escuela, bastaría la ejecución de los votos contenidos en el programa, con tanta amplitud é inteligencia desarrollados, para promover un movimiento educador de los más fecundos, y marcar en el progreso moral de la República una etapa brillante y un paso decisivo hacia un destino mejor.

JOAQUÍN V. GONZÁLEZ